

Un Libro de Cuentos y los Niños

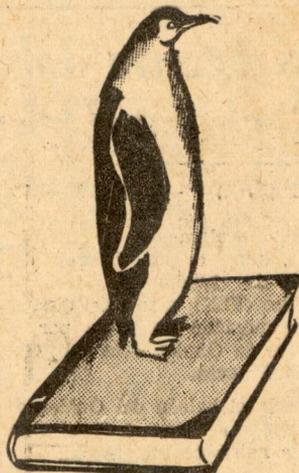
por Sebastián Salazar Bondy

LP 06/06/1954
B

Carlota Carvallo de Núñez ha obtenido el premio de literatura infantil instituido recientemente por "El Comercio", y en las páginas de ese diario se ha adelantado la primera narración del libro galardonado, la que da título al volumen: "El pájaro niño". Varias veces el cronista se ha ocupado de la necesidad de alentar la producción de lectura de calidad para los niños, quienes en nuestro país han carecido —y, no obstante esfuerzos últimos, carecen— de textos apropiados para iniciarse en el hábito de la lectura. De ahí depende, quizás, el bajo índice que en el ejercicio de la lectura manifiesta nuestra población adulta, a la que atrofia el leve instinto lector la proliferación creciente de las revistas puramente gráficas y de las historietas de paupérrima leyenda. Bien evidente resulta que si en las escuelas y los colegios se diera su justo lugar al aprendizaje de la práctica de leer, un considerable porcentaje de los mayores sabría entretenerse, cultivarse y ampliar sus conocimientos en el infinito y vario manantial de los libros.

Si todo el libro de Carlota Carvallo de Núñez —una de las más inquietas artistas peruanas— es tal cual el relato que como primicia se nos acaba de ofrecer, puede decirse que él cumplirá el cometido que se propone. En un libro para niños hay que tener en cuenta varios elementos, que cumplen, a su vez, varias funciones en la formación de un espíritu infantil. De un lado, la fábula de la narración ha de ser moral, y esto, aunque parezca fácil, presenta dificultades que no es sencillo superar. La moraleja no debe prevalecer sobre la historia hasta el punto de que ésta carezca de interés. La exaltación de valores positivos, deseables en la conducta fu-

tura del hombre que el niño será, ha de adecuarse naturalmente a la anécdota, de modo que, como decía en la alborada de la lengua el Infante Juan Manuel, la medicina —la lección, en fin— sea absorbida sin que el paciente lo note. El lector debe gozar, si cabe la expresión, del asunto del cuento, y en tal pla-



cer incorporar el edificante contenido. Es un problema de equilibrio. Y en lo que atañe al ejemplo ético, conviene procurar que éste no entrafie prejuicios, terrores, amenazas. Por moralizar puede el autor, aun sin quererlo, hacer un daño irreparable.

El cuento infantil tiene, además, que ser didáctico en otro sentido: en el de procurar a su tierno lector un amor a lo propio, a su pueblo y a su paisaje, a su sociedad y a la naturaleza que lo rodea. Y esto —lo que es muy espinoso— sin sembrar en su pecho desprecio a lo ajeno, xenofobia nacionalista. Debe, pues, expresarse que lo propio es valioso porque lo hereda y le pertenece, pero que es doblemente valioso porque se integra a lo

universal a través del hombre, que es, de un confin al otro del orbe, uno solo. En un país como el nuestro, es imperioso que el educando se haga de una mentalidad democrática, en el más amplio sentido del término, en su sentido humanitarista, con afectos a todo y a todos.

De aquí se desprende el tercer punto: la transparencia de los símbolos empleados. Si toda literatura, aun la más realista, es simbólica, la literatura infantil lo es hasta un punto extremo. El mito que el niño acepta es aquel que, pareciéndosele, le resulta fácil de comprender; fácil de aplicar más adelante. De ahí que el lenguaje no deba ser ni de una pobreza suma ni de una riqueza ostentosa: este nivel intermedio no se consigue así como así. El niño no es tonto. Como se halla en una etapa de conocimiento y reconocimiento de sí mismo y del mundo, aunque sólo tenga una inteligencia mediana adquiere con rapidez la justa noción de lo que es fingido y lo que es natural. Hay que hablarle desde temprano como a un hombre, como a un ser con todas sus facultades alerta, sin abrumarlo tampoco de bienes innecesarios. El lenguaje puede conducirlo hacia los buenos objetivos, pero por exceso o defecto puede alejarlo definitivamente de ellos. Alegorías vivas y claras a través de un estilo limpio y nutrico, caracterizan los inmortales cuentos de Andersen, Grimm o Saint Exupéry, modelos que al escribir todo autor de literatura infantil debiera tener siempre en mente. La narración de Carlota Carvallo de Núñez a que nos referimos se adecúa a estos requisitos, y es por eso que merece el elogio y el estímulo que premien su preocupación creadora. Valga esta nota como una insignificante manera de señalar su mérito.